



A PROPÓSITO DE LA HISTORIA POLÍTICA:

¿NUEVOS ENFOQUES Y NUEVAS PREGUNTAS?



Foto: Jesús O Durán

Carlos A. Flórez López



FOTO. Fusagasugá. Análisis político sobre la composición y caracterización del Nuevo Congreso de la República 2010-2014.

Resumen

Al afrontar una tarea investigativa en historia política, surgen muchas inquietudes respecto a los conceptos a emplear, las fuentes a analizar, el problema a desarrollar y en general las herramientas con que se pretende soportar todo el proceso que trae consigo la operación historiográfica. Los siguientes apuntes están orientados a dar respuesta a estas preocupaciones en el sentido de reflexionar sobre la pertinencia de enfoques y preguntas que alimenten el debate de la historia política en perspectiva cultural.

Palabras clave: historia política, democracia, imaginarios políticos, derechas e izquierdas

Carlos A. Flórez López. Es Historiador. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Medellín. Coordinador de la línea de investigación Ciudadanía, Democracia y Poder adscrita al Grupo de Investigaciones Jurídicas de la misma Facultad. Colaborador ocasional de la FUCLA



Presentación

La pregunta que atraviesa la reflexión de este ensayo se encamina por la historia política, a propósito de la pertinencia de nuevos enfoques y nuevas preguntas para el abordaje de la misma. El análisis se desarrolla en tres apartados: Una mínima reflexión sobre la temática objeto de discusión, la necesidad de nuevos enfoques interpretativos y la importancia de nuevos problemas alrededor de nuevas preguntas que orienten la investigación.

1. Una mínima reflexión

En medio de una realidad política tan convulsionada como la colombiana, la historia política aparece como el escenario ideal para explicar los fenómenos conflictivos del presente, dada su relación con procesos históricos de larga duración y el desconocimiento que se tiene sobre temas particulares que aún no han sido abordados por la historiografía nacional y regional como problemas propios de investigación.

Como lo señala Álvaro Tirado Mejía, la historia política fue en el siglo XIX, -en la obra de los primeros historiadores de América Latina como José María Restrepo, Sarmiento y Alberdi,- "el medio en el cual las naciones adquirieron conciencia de su independencia, de su entidad como países separados, de los proyectos que contraponían a las nuevas élites con la herencia colonial"¹.

A su turno, Jorge Orlando Melo advertía, cómo en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX, la preocupación de los historiadores de la política, se orientaba más por debates ideológicos y enfoques marxistas, que por indagar los objetos de estudio propios de la política. Estos enfoques antes de determinar una línea política de investigación, pretendían que los trabajos históricos profundizaran sobre el "modo de producción dominante" ó la "formación económica" de la sociedad en general. "Por supuesto, no se pensaba en estos casos en el historiador en un sentido profesional o académico, y su función estaba a veces reservada a quienes, por su vinculación con la militancia proletaria, llenaban las condiciones requeridas para recibir la revelación"².

La advertencia de Melo, trascendía el debate ideológico con los historiadores del momento, y reclamaba el sitio que debe tener la historia como disciplina

1 TIRADO MEJÍA Álvaro, Sobre historia y literatura, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991, p. 246

2 MELO Jorge Orlando, Sobre Historia y Política, Medellín, La Carreta, 1979, p. 10

académica en el campo de lo político al señalar cómo el trabajo del historiador de la política, debe desempeñarse "con absoluta independencia de líneas y compromisos de partido, y con estricta sujeción a sus propias reglas de operación científica, de objetividad y de rigor"³.

Así, es con la llamada "nueva historia" que se empieza toda una corriente historiográfica que plantea nuevos problemas a la historia política, superando los enfoques institucionales, biográficos y partidistas, para situar a la investigación en procesos históricos políticos económicos y culturales, a fin de presentar "una visión amplia de la historia y de la sociedad, quedando sobrentendido que para abordar su conocimiento es preciso apoyarse en diferentes disciplinas que se complementan e interrelacionan, como la economía, la política, el arte, la ciencia, las relaciones internacionales y en general la cultura"⁴.

Esta preocupación por una historia política matizada por una historia social y de la cultura es la que va a determinar el desarrollo de trabajos historiográficos que han abordado el objeto de estudio con miradas provenientes de la antropología, la sociología y la ciencia política en particular, con el fin de indagar nuevos enfoques tales como el problema de las mentalidades, los imaginarios y las representaciones colectivas, en lo relacionado con el proceso de independencia, la violencia bipartidista, las guerras civiles, la conformación del estado nacional y otros problemas de investigación que han descentralizado la historia de los escenarios bogotanos, para dimensionar el problema de lo regional como parte de la construcción del pasado más mediato de nuestra sociedad.

2. Necesidad de nuevos enfoques

Definir qué es historia política es el primer paso para abordar y analizar los acontecimientos, procesos e idearios políticos que interactuaron en la vida de una sociedad. Así, la historia política se inscribe en el campo de la historia misma como una ciencia social y por lo tanto requiere una delimitación en dos dimensiones: "la de los conceptos fundamentales que determinan el ámbito de las investigaciones y la de los temas básicos que quiera representar en perspectiva histórica"⁵.

3 Ibid. p. 11

4 TIRADO MEJÍA Álvaro, Introducción Nueva Historia de Colombia, Tomo I, Historia política, 1886 - 1946. Bogotá, Editorial Planeta, 1989, p.XII

5 MARTÍNEZ GARNICA Armando, Programa de investigaciones de la historia política colombiana, mimeógrafo, sf, p.1



La posibilidad de establecer "conceptos fundamentales" que guíen la investigación en historia política, esta relacionada con la necesidad de plantear nuevos enfoques, que permitan proponer miradas diferentes a las tradicionales, con el ánimo de enriquecer el abanico de perspectivas de interpretación y comprensión de procesos históricos de carácter político. Uno de los enfoques objeto de profundización de esta disertación es el de los imaginarios sociales en tanto imaginarios políticos, enriquecido con el problema de las representaciones colectivas y los sistemas simbólicos, configurando de esta manera, parte del entramado conceptual que se pretende construir para el trabajo de investigación en historia política.

Si se tiene en cuenta la propuesta de Chartier, se debe tomar tales imaginarios como representaciones del pasado, en su especificidad, sin redescubrirlos con categorías anacrónicas, ni medirlos con el utillaje mental del siglo XX⁶, tomando como marco de referencia la visión del mundo que regula dichas representaciones y los juicios de los sujetos de la sociedad. Sus aportes se encaminan a dilucidar la comprensión de los prácticas y los discursos en el análisis histórico.

Al respecto, sostiene que la historia intelectual, "no debe dejar engañarse por palabras que pueden dar la ilusión de que los distintos campos de discurso o de prácticas están constituidos de una vez para siempre, desglosando objetos cuyos contornos, si no los contenidos, no varían contrariamente, ésta (la historia intelectual) debe plantear como centrales las discontinuidades que hacen que se designen, se agreguen y de ventilen, en formas diferentes o contradictorias según las épocas, los conocimientos y las acciones"⁷.

Su interés radica en precisar cuál es el objeto de estudio de la historia, y hacia dónde debe dirigir su mirada en el campo de las representaciones. Para ello sostiene que se debe restituir "bajo las prácticas visibles o los discursos conscientes, "la gramática oculta" o "inmersa" (tal como lo dice Veyne) que les da razón. Al identificar las divisiones y relaciones que han constituido el objeto que quiere captar, la historia (de las ideas, de las formaciones ideológicas, de las prácticas discursivas- poco importa la designación-) podrá pensar en él sin reducirlo a no ser más que una figura circunstancial de una categoría supuestamente universal"⁸.

6 CHARTIER Roger, El Mundo como Representación, Barcelona, Editorial Gedisa, p. 20

7 Ibid, p. 42

8 Ibid, p. 43

De otra parte, Baczkó aporta al enfoque planteado, desde la perspectiva de los imaginarios sociales a partir del campo de lo simbólico, asumiendo que éstos imaginarios son representaciones y no reflejos de una "realidad" que articulan ideas, ritos y modos de acción. Así, la tarea que nos ocupa es la de tomar las representaciones, que forman todo un dispositivo social de múltiples y variables funciones de carácter simbólico. Para ello se propone enfatizar en lo siguiente:

En primer lugar, construir y precisar el concepto de imaginarios sociales, en función de tres elementos: la identidad colectiva que configuran, la fuerza reguladora que constituyen y la producción simbólica que incorporan en la sociedad.

Con respecto al primer elemento Baczkó, sugiere cómo "a través de estos imaginarios sociales, una colectividad designa su identidad elaborando una representación de sí misma; marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales; expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores"⁹. En relación el segundo elemento, define al imaginario social como "una de las fuerzas reguladoras de la vida colectiva. Al igual que las demás referencias simbólicas, los imaginarios sociales no indican solamente a los individuos su pertenencia a una misma sociedad, sino que también definen, mas o menos precisamente, los medios inteligibles de sus relaciones con ésta, con sus divisiones internas, con sus instituciones"¹⁰, de tal manera que, "el imaginario social es una pieza efectiva y eficaz del dispositivo de control de la vida cotidiana, y en especial del ejercicio del poder"¹¹. De otra parte, el autor sostiene que los imaginarios sociales se apoyan sobre el simbolismo, que es a la vez obra e instrumento. Sin embargo, advierte la ambigüedad notoria del término símbolo, y prefiere trabajar la categoría de sistemas simbólicos, "sobre los cuales se apoya y a través de los que trabaja la imaginación social se construyen sobre las experiencias de los agentes sociales pero también sobre sus deseos, aspiraciones e intereses"¹².

En segundo lugar, Baczkó propone la categoría de dispositivo imaginario, como estrategia para analizar las experiencias sociales, pues "asegura a un grupo social un esquema de interpretación de las experiencias individuales tan complejas como variadas, la codificación de expectativas y esperanzas así como la fusión, en el crisol de una memoria colectiva, de los recuerdos y las representaciones del

9 BAZCKO Bronislaw, Los imaginarios sociales, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1991. p.28

10 Ibidem

11 Ibidem

12 Ibid. p.30.



pasado cercano o lejano"¹³. Así mismo, la importancia de esta categoría radica en que supera el esquema de interpretaciones para focalizarse también en un esquema valorativo, pues el dispositivo imaginario provoca la adhesión a un sistema de valores e interviene eficazmente en el proceso de su interiorización por los individuos, moldea las conductas, cautiva las energías y, llegado el caso conduce a los individuos a una acción común.

En tercer lugar, la conveniencia de la relación existente entre imaginarios sociales y los símbolos sobre los cuales se apoyan, permite establecer una clave interpretativa para el problema del estudio de problemas históricos de carácter político, pues esta relación forma complejos y compuestos sistemas, señalados por el autor como los mitos, las utopías y las ideologías, puesto que los imaginarios sociales no funciona aisladamente sino relacionados, con diferencias y variables, con otros tipos de imaginarios, confundiendo a veces con ellos y con su simbolismo.

Al retomar éstos presupuestos teóricos, vale la pena destacar como objeto de estudio al mito político y el estudio de las ideologías como parte de los mismos, como otra posibilidad de análisis que enriquece y aporta a la necesidad de nuevos enfoques para la historia política, complementando de paso la propuesta formulada inicialmente.

Para trabajar esta perspectiva de análisis se debe precisar el concepto de mito político, el cual es definido como "un conjunto de representaciones, no tanto manifestadas en conceptos cuanto en imágenes y símbolos, ni ordenadas sistemáticamente, sino confundidas y amalgamadas en un todo y susceptibles de modificaciones (pudiendo añadir o marginar representaciones) mientras se conserve el núcleo"¹⁴. Dichas representaciones pueden tener diversos puntos de partida, o bien son completamente imaginativas, o bien surgen de personajes o acontecimientos históricos, o puede originarse también en conceptos, teorías o ideologías.

Al complementar esta definición se puede agregar que los mitos políticos, constituyen mecanismos privilegiados de integración, explicación, diferenciación y lucha, de los distintos sectores y grupos sociales que componen las colectividades políticas, de tal manera que, estos mitos "son discursos, relatos, imágenes y disposiciones emotivo - razonables de carácter simbólico, acerca de la realidad

13 Ibidem

14 GARCÍA PELAYO Manuel, Los mitos políticos, Alianza Editorial, Madrid. 1981, p. 20

social y política, que los distintos sectores, grupos y sociedades portan, crean, reproducen y adoptan como si fuera la misma "realidad", la misma "verdad", la misma "normalidad" o las misma "fantasía"¹⁵.

Así las cosas, el mito político permite no sólo la comprensión de ideologías, valores y concepciones de carácter mítico, sino la manera sagrada o mítica de vivir existencialmente esas mismas ideologías, doctrinas y teorías, como también procesos, objetos y personalidades. Siguiendo a Labourdette, las ideologías se transforman en mitos políticos "cuando son adoptadas con veneración y cuando son "vitalizadas" como verdades sentidas y proclamadas, como certidumbres intensamente valoradas",¹⁶ sucediendo que dependiendo de las mismas ideologías algunas tendencias o corrientes políticas pasan por una instancia mítica que las transforma en "fervientemente tuyas" para algunos y "fervientemente enemigas" para otros.

Este duelo de ideologías en instancias míticas, o "duelo de imaginarios", en el campo político, genera dos clases de mitos. Por un lado, se encuentra el mito orientado hacia la convivencia y coexistencia de diferentes ideologías, según el cual, los "hombres obedecen a sus conciencias, actuando con un código internalizado de ideas y valores, y proceden mansamente, estamos en presencia de instancias míticas atenuadas, moderadas. La coexistencia de diversos puntos de vista, de condiciones de vida plural constituye, y es producto, de la existencia de esos mitos tolerantes"¹⁷. Por otro lado, se encuentra el mito que permite pasar del plano de la confrontación de ideas a la confrontación violenta, donde la relación amigo - enemigo deja de ser relativa y se vuelve absoluta permitiendo que los hombres lleguen "a quitar la vida o a darla, a luchar violentamente y con crueldad estamos en presencia de mitos potentes, agudos, intolerantes y exclusivos"¹⁸, de tal manera que una misma ideología es en un lugar violenta y en otro moderada, en una etapa excluyente y en otra plural, en una circunstancia puede hacer un llamado a las armas y en otra a la reflexión.

Para profundizar en esta propuesta, Labourdette menciona tres estrategias teórico - metodológicas para abordar los mitos políticos como objeto de investigación. La primera se remite al análisis de los mitos existentes en una realidad histórica, para lo cual se deben ubicar, "los conjuntos míticos reales, los

15 LABOURDETTE Sergio Daniel. Mito y política, Buenos Aires, Editorial Troquel, 1987, p.25

16 Ibid, p. 120

17 Ibid p. 122

18 Ibidem



contenidos, valores, creencias y conocimientos que sustentan, se estudia la fuerza de cada conjunto, la intensidad y capacidad de enfrentamiento, los cambios que va experimentando en el tiempo, y especialmente, el tipo de adhesión y rechazo que la población va manifestando¹⁹. Con otras palabras, se trata de analizar las rupturas y continuidades de los complejos míticos, considerando la tradición, actualización y proyección en cada momento histórico.

La segunda estrategia dirige su atención hacia el estudio de los actores políticos, en el sentido de indagar quiénes son y qué hacen los usuarios de los mitos, el papel que cada uno de ellos realiza de acuerdo con el universo mítico - simbólico que expresan y manifiestan mediante sus vivencias. La tercera estrategia se encamina por el análisis de las socioculturas, tanto globales como intrasociales, de carácter básicamente político. "La cultura política y las subculturas que la conforman ofrecen universos pletóricos de significaciones que orientan y explican las conductas sociales y políticas. Las personas se aglutinan formando colectivos diversos en función de la producción y transmisión de esas subculturas. Y los conjuntos míticos juegan un papel decisivo en esas conformaciones"²⁰.

Según lo expuesto hasta el momento, existen en las propuestas presentadas, tres ejes transversales que necesariamente cruzan la mirada del historiador que pretenda indagar los fenómenos políticos desde una perspectiva cultural, siendo ellos el problema de los imaginarios, el simbolismo y las representaciones. No obstante, esta transversalidad genera una serie de problemas al momento de abordar el objeto de estudio histórico.

Por ello, es fundamental profundizar el concepto de los imaginarios en términos de imaginarios políticos. Surgen inquietudes como: cuál es el puente que une los imaginarios con las representaciones y de qué manera se asume la separación objetiva y subjetiva de los imaginarios con la realidad, en la medida que pretenden articular ideas ritos y modos de acción. Igualmente sería adecuado precisar cuáles son los alcances y limitaciones de las representaciones como dispositivo social de carácter simbólico.

De otra parte, la definición de lo simbólico, requiere de una mirada pausada pero segura, pues existen diversas teorías que han pretendido agotar la definición del concepto en el campo de lo semiológico y antropológico. Sperber llama la atención sobre esta problemática tan compleja en lo conceptual como en lo metodológico,

19 Ibid p. 31

20 Ibid. p. 32

sugiriendo grosso modo que los símbolos no significan, y propone entender el contexto a partir de los símbolos y no los símbolos para entender el contexto, pues "una representación es simbólica precisamente en la medida en que no es íntegramente explicitable, es decir significable. Las concepciones semiológicas no son, pues, simplemente inadecuadas: ocultan, la vez, enmascarándolas, las propiedades constitutivas del simbolismo"²¹.

Aunque no es objeto de este ensayo pretender resolver la naturaleza conceptual de los ejes transversales señalados, es importante dejar abierto el debate y la discusión de su aplicabilidad, dada la complejidad y envergadura que el tema requiere, a propósito de ir construyendo nuevos enfoques que redimensionen la historia política nacional y regional.

3. Necesidad de Nuevas Preguntas

Con el fin de enriquecer la naturaleza de esta reflexión, se formularán algunos elementos para la discusión, teniendo en cuenta tres problemáticas centrales de la historia política en el siglo XX, para el caso colombiano, que a nuestro parecer son los relacionados con la Violencia Política, la historia de la democracia y el estudio de las Derechas y las Izquierdas como objeto de estudio.

De la Violencia a la Violencia

La historia política de Colombia ha caracterizado la confrontación bipartidista de mediados del siglo XX con el periodo conocido como el de la violencia, dadas las características políticas y sociales que enfrentaron a liberales y conservadores en un ambiente conflictivo de carácter violento.

Sin embargo, "el uso y abuso de esa palabra con la que nos referimos a todo lo malo, ha alimentado miradas acrílicas sobre el asunto y nos ha llevado a aceptar sin reparos, la calificación de país más violento del planeta"²². Esta preocupación por establecer los alcances de esta categoría o noción explicativa en el transcurrir histórico de Colombia, ha generado sendos debates y arduos trabajos investigativos, que desde diferentes perspectivas han pretendido indagar sobre esta problemática.

21 SPERBER Dan, El simbolismo en general, Barcelona, Anthropos, 1986, p. 143

22 ACEVEDO CARMONA Darío, ¿A qué nos referimos cuando hablamos de violencia? En: Revista Universidad de Antioquia, Enero - Marzo 2001, p.62.



Es precisamente en la complejidad del análisis, que el problema sigue siendo pertinente para explicar aquella realidad histórica, pues difícilmente se puede construir un metarelato, o una narración histórica de todo el proceso, dadas las características específicas de sus expresiones, pues se "presentan una serie de manifestaciones supremamente heterogéneas entre sí: luchas partidistas, luchas por la apropiación de la tierra (con rasgos diferentes de acuerdo a las regiones según se trate de regiones de colonización, de regiones donde existe minifundios y latifundios, etc), desplazamientos masivos de población, bandolerismo social y político, autodefensa campesina"²³, lo cual sugiere un conjunto de procesos muy diversos.

Frente a ello, han corrido ríos de tinta que van desde las explicaciones del derrumbe parcial del Estado propuesta por Paul Oquist, según el cual " El estado colombiano había perdido su eficacia durante la violencia hasta el punto de que se pudo hablar de colapso parcial del Estado"²⁴, pasando por el estudio clásico de Guzmán Campos en la década de los sesenta y los trabajos de Gonzalo Sánchez, James Handerson, Carlos Miguel Ortiz, entre otros, hasta trabajos más recientes como los de Darío Acevedo y Carlos Mario Perea, entre otros, que desde la perspectiva de la cultura política han analizado los símbolos e imaginarios políticos de las élites que intervinieron en el proceso.

Aunque, la pretensión no es hacer un mínimo balance de los trabajos realizados, sí es pertinente señalar la riqueza académica que existe y el nunca acabado debate teórico que pretende explicar la dinámica del proceso. La naturaleza de esta reflexión se limita al título de la misma: "de la violencia a la violencia", esto por algunos elementos que pretenden aportar al escenario de la discusión.

En primer lugar, tras el afán de explicar la coyuntura actual se vuelve a la violencia de los años 50 con cierto anacronismo, que intenta explicar un eterno ciclo o un largo retorno, como si el punto de partida de la realidad actual fuera el mismo punto de partida de aquella realidad histórica, y se confunde el punto de llegada del momento actual, como el mismo punto de llegada para interpretar y explicar un fenómeno particular de la historia nacional.

En segundo lugar, pareciera que en la Colombia de mediados del siglo XX sólo es significativo investigar la violencia como el único problema objeto de estudio,

23 PÉCAUT Daniel, *Violencia y política en Colombia, Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo ediciones, Medellín, 2003, p.30.

24 OQUIST Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Banco Popular, 1978, p.324

se vuelve recurrente pasar de la violencia a la violencia, descuidando otros problemas que puedan complementar o enriquecer la dinámica histórica del país, tales como la influencia del contexto internacional, las ideologías políticas contrarias al bipartidismo, o las diversas facciones que existían al interior de los mismos partidos tradicionales.

En tercer lugar, las aproximaciones teóricas y conceptuales en ocasiones no son coherentes con los acontecimientos históricos, presentándose desfases entre las explicaciones teóricas y la realidad histórica, con lo cual se redimensiona el concepto de violencia en determinismos ideológicos o doctrinarios sin tener un polo a tierra con la violencia ocurrida en las regiones o en el centro.

En definitiva, el período en mención y el problema objeto de estudio, sigue siendo una gran tela de donde cortar y aún sigue siendo una veta que atrae a historiadores, sociólogos y antropólogos por ahondar en la búsqueda de respuestas a preguntas que aún no se terminan de formular.

Una historia de la democracia desde lo político

La democracia en Colombia, como en los demás países de América latina, ha atravesado por múltiples tensiones y contradicciones que van desde el problema de su definición y conformación hasta las implicaciones de su desarrollo a lo largo del siglo XIX y XX. Preguntarse por su historia es interrogarse por una serie de conflictos que ella misma contiene, y que aún se desconoce a cabalidad por los vacíos historiográficos que se tiene sobre el tema.

Así, la historia de la democracia en Colombia, como objeto de estudio ha sido poco abordada por la historiografía nacional, siendo la nuestra una de las "democracias más antiguas del continente", no existe una construcción de memoria histórica que de cuenta de la dinámica interna de dicho proceso, que tiene anclada sus raíces en el momento mismo de conformación del Estado – Nación.

El propósito es plantear algunas inquietudes relacionadas con la historia de la democracia en Colombia, siendo uno de los puntos centrales de discusión el problema de la representación política, a fin de precisar algunos elementos que permitan enriquecer la mirada historiográfica que hasta el momento se ha tenido sobre la democracia, al igual que propiciar nuevos problemas y nuevas preguntas para la historia política nacional.



Con el propósito de establecer un marco de referencia o enfoque interpretativo que permita estudiar la democracia como objeto de estudio histórico, la propuesta desarrollada por Pierre Rosanvallon sugiere algunas estrategias teóricas para su comprensión. El presupuesto inicial de esta iniciativa se basa en las tensiones, contradicciones y las incertidumbres que contiene la democracia, pues su historia ha estado acompañada por un cortejo de decepciones y la “sensación de traición que la han acompañado desde siempre han sido tan intensos como consecuencia de que su definición no ha logrado completarse”²⁵, es decir, la idea de la democracia como aún inconclusa, pues plantea Rosanvallon, que “hay que partir de este hecho para comprender la democracia: en ella se encabalgan la historia de un desencanto y la historia de una indeterminación. Esta indeterminación se inserta en un sistema complejo de equívocos y tensiones que estructuran desde su origen a la modernidad política, como lo muestra el estudio de las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa”²⁶.

Teniendo en cuenta esta aproximación conceptual, se plantean cuatro unidades de análisis para abordar la democracia desde una perspectiva histórica de lo político.

En primer lugar, el sujeto mismo de la democracia; el pueblo, ha ocasionado el primer equívoco de la misma, “pues el pueblo no existe sino a través de representaciones aproximativas y sucesivas de sí mismo. El pueblo es un amo indisolublemente imperioso e inapresable. Es un “nosotros” o un “se” cuya figuración esta siempre en disputa”²⁷.

En segundo lugar, se destaca el problema de la representación política, pues “existe una tensión entre el número y la razón, entre la ciencia y la opinión, pues el régimen moderno instituye la igualdad política a través del sufragio universal al mismo tiempo que plantea su voluntad de construir un poder racional cuya objetividad implica la despersonalización”²⁸.

En tercer lugar, el análisis de las formas de poder social y su participación. Tal como lo plantea Rosanvallon, existe en la democracia “incertidumbre en las formas adecuadas del poder social, pues la soberanía popular trata de

25 ROSANVALLON Pierre, Por una historia conceptual de lo político, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 22

26 *Ibid.* p. 22 - 23

27 *Ibidem.*

28 *Ibidem.*

expresarse a través de instituciones representativas que no logran encontrar la manera de llevarla a la práctica”²⁹.

En cuarto lugar, la dicotomía existente entre la libertad y el poder. Se trata de mirar con detenimiento la “dualidad que convive en la idea moderna de emancipación entre un deseo de autonomía de los individuos (con el derecho como vector privilegiado) y un proyecto de participación en el ejercicio del poder social (que en consecuencia pone a la política en el lugar de mando). Una dualidad entre la libertad y el poder, o entre liberalismo y democracia”³⁰.

Estas unidades de análisis están enmarcadas en una historia de lo político que pretende hacer evidente las contradicciones y ambigüedades que subyacen en la democracia. Lo político se presenta como una perspectiva historiográfica que abarca dos dimensiones: tanto un campo como un trabajo.

Como campo, designa un lugar donde se entrelazan los múltiples hilos de la vida de los hombres y las mujeres, aquello que brinda un marco tanto a sus discursos como a sus acciones. Remite al hecho de la existencia de una “sociedad” que aparece ante los ojos de sus miembros formando una totalidad provista de sentido”³¹.

De otra parte como trabajo, político se encara de calificar “el proceso por el cual un agrupamiento humano, que no es en sí mismo más que una simple “población” toma progresivamente los rasgos de una verdadera comunidad. Una comunidad de una especie constituida por el proceso siempre conflictivo de lo participable y lo compatible y que dan forma a la vida de la polis”³²

¿En dónde radica la novedad de la propuesta? Rosanvallon sugiere un enfoque desde una perspectiva distinta de los aportes de la historia social, la sociología, la teoría política y la historia de las ideas.

Con respecto a la historia social, sostiene Rosanvallon que se preocupa sobre la interpretación de los conflictos de poder y de la oposición de intereses, permitiendo establecer un vínculo entre las posiciones y las conductas dentro del campo propiamente político y las variaciones culturales, económicas o sociales que caracterizan a los diferentes grupos que conforman a la sociedad.

29 *Ibid.* p. 24

30 *Ibidem.*

31 *Ibid.* p. 16

32 *Ibidem.*



Empero, Rosanvallon plantea que esta interpretación de la historia sigue siendo parcial. Su propuesta se enfoca hacia la reconstrucción de una historia interna, en este caso de la democracia, teniendo en cuenta las tensiones subyacentes en la misma. Por ejemplo, más allá de estudiar el sufragio universal a partir del conflicto entre las “impaciencias” del pueblo y los “temores” de las elites que hace visible las estrategias de las fuerzas que allí se encuentran; se trata de superar este enfoque para estudiar la “tensión entre el sufragio como símbolo de la inclusión social, expresión de la igualdad entre los ciudadanos (y que, por lo tanto, exige imperativamente su universalización) y el sufragio como expresión del poder social, forma parte del gobierno de la sociedad (y que, esta vez, invita a plantear la pregunta por la relación entre número y razón, entre derecho y capacidad)”³³.

En relación a su distancia con la sociología que ha puesto su interés en “desenmascarar” a la política, haciendo manifiestos los mecanismos sociales reales que la estructuran, más allá de las doctrinas políticas, de los discursos y el funcionamiento visible de las instituciones, Rosanvallon sugiere superar este interés de la sociología, y propone para el caso del estudio de la democracia, la necesidad de conocer la dificultad de figuración de la democracia, buscando dar respuesta a las contradicciones internas de su figuración.

De otra parte, su diferencia con la teoría política, radica en la característica principal de ésta, y es su esencia normativa, que ha pretendido imponer una visión racionalizadora que termina formalizando de realidad. “Por el contrario, partir de la complejidad de lo real y de su dimensión aporetica, conduce a interesarse por la “cosa misma” de lo político. Así, en primer lugar, hay que considerar el carácter problemático del régimen político moderno para comprender su funcionamiento y no para buscar resolver su enigma imponiéndole una normatividad”³⁴.

Del mismo modo, Rosanvallon cuestiona las tipologías o modelos acuñados por la teoría política para entender o distinguir las diversas maneras de gobierno representativo o de buscar cómo hacer encajar en algunos casos bien definidos las posiciones de los actores o las características de las instituciones. “Por el contrario, hay que tomar como objeto el carácter siempre abierto y “bajo tensión” de la experiencia democrática. El objetivo no es ya solamente oponer banalmente el universo de las prácticas con el de las normas. De lo que se trata es de partir de las antinomias constitutivas de lo político, antinomias cuyo carácter se revela únicamente en el transcurso de la historia”³⁵

33 Ibid. p. 35

34 Ibid. p. 42

35 Ibid. p. 43

A su turno, este enfoque de historia de lo político, también toma distancia de la historia de las ideas y de las doctrinas, pues de las obras que se ocupan éstas, no pueden ser comprendidas como simples teorías, deben ser analizadas como elemento de un imaginario social más global, pues las representaciones y las ideas constituyen una materia estructurante de la experiencia social, pues “se trata de tener en cuenta todas las representaciones “activas” que orientan la acción, que limita en el campo de lo posible a través del campo de lo pensable y delimitan en marco de las controversias y los conflictos”³⁶.

Por ello, propone imprimirle a la historia de las ideas la preocupación por incorporar el conjunto de elementos que componen este objeto complejo que es una cultura política: “El modo de lectura de los grandes textos teóricos, la recepción de las obras literarias, el análisis de la prensa y de los movimientos de opinión, el destino de los panfletos, la construcción de los discursos de circunstancias, la presencia de las imágenes, la impronta de los ritos e incluso, el rastro efímero de las canciones”³⁷.

En resumen, esta historia de lo político pretende abordar el objeto de estudio –la democracia-, a partir de trabajar sus antinomias, el análisis de sus límites y sus puntos de equilibrio, el examen de sus decepciones y los desarraigos que este suscita. En términos de Rosanvallon, “es únicamente la historia una vez más, la que puede en este caso conducir al “concepto”. Es por esto que la historia es la materia y la forma necesaria de un pensamiento total de lo político. Los conceptos políticos (se trate de la democracia, la libertad, la igualdad, etc) no pueden comprenderse sino en el trabajo histórico de su puesta a prueba y de sus intentos de elucidación”³⁸.

La democracia en la historiografía colombiana.

La historia de la democracia en Colombia ha sido poco estudiada por la historiografía nacional. Aunque no es objeto de este ensayo realizar un balance o estado del arte sobre la misma, se señalan a continuación algunos trabajos significativos sobre el tema en cuestión.

Uno de los pioneros que se preguntó por la historia de la democracia en Colombia para el siglo XIX fue David Bushnell, quien a partir de un breve estudio del sufragio en Argentina y Colombia entre 1810-1853 argumentaba

36 Ibid. p. 46

37 Ibid. p. 48

38 Ibid. p. 44



que en esa primera mitad del siglo XIX, liberalismo constitucional no equivalía necesariamente a democracia electoral, dada las restricciones y exigencias que tenía el sufragio. Desde 1968 proponía estudiar en detalle “los requisitos que se exigían para ejercer el sufragio, las actitudes socioeconómicas y culturales de la época”³⁹. Inquietud que aún no ha respondido la historiografía en forma sistemática y rigurosa para el caso colombiano, pues el concepto de ciudadano y las implicaciones del sufragio en las diversas constituciones decimonónicas no se han estudiado con la profundidad que el asunto requiere, desde una perspectiva social y cultural.

En 1974, el texto de Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*, esboza algunos elementos que definieron el surgimiento de la democracia en Colombia desde un enfoque institucional e ideológico: “el ciclo revolucionario de la independencia es expresamente el anhelo de los hispanoamericanos por la liberación de la dominación colonial, la obtención de la libertad y la vigencia de los derechos del hombre; en la misma forma por la conformación de una democracia republicana, con la división tripartita de los poderes y el establecimiento de una constitución como eje fundamental del Estado”⁴⁰.

En 1981 Álvaro Tirado Mejía publicó el texto, *Una mirada histórica al proceso electoral colombiano*, en el cual se interesa en el problema de la democracia desde un recorrido histórico por las elecciones y el sistema electoral⁴¹. Más tarde en 1989, Patricia Pinzón de Lewin realizó un Atlas electoral colombiano, destacando la regionalización electoral para el periodo comprendido entre 1930 y 1986⁴². La misma autora publicó un texto sobre el ejército y las elecciones entre 1850 y 1930⁴³.

Esta historia electoral ha venido ampliando la mirada a otros procesos. Por ejemplo, Eduardo Posada vinculó el problema de las elecciones con las guerras civiles del siglo XIX, preguntándose por las confrontaciones violentas que generaban las campañas electorales, articulando violencia electoral con fraudes,

39 BUSHNELL David, El sufragio en la Argentina y en Colombia hasta 1853. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1968, p. 11

40 OCAMPO LÓPEZ Javier, El proceso ideológico de la emancipación en Colombia, Bogotá, nueva edición por editorial planeta, Bogotá, 1999, 169

41 TIRADO MEJÍA Álvaro, Un mirada histórica al proceso electoral colombiano, Bogotá, Procltura, 1981

42 PINZÓN DE LEWIN Patricia, Pueblos, Regiones y partidos. La regionalización electoral. Atlas Electoral colombiano, Bogotá, UniAndes – Cerec, 1989

43 PINZÓN DE LEWIN Patricia El Ejército y las Elecciones., Bogotá, Cerec, 1994

la fragilidad del orden público y el comportamiento del electorado. Su estudio se centra entre los años 1830 – 1930⁴⁴.

En la década de los noventa, se presenta una ruptura de enfoque y de análisis frente al estudio histórico de la democracia en Colombia. Existen por lo menos dos perspectivas de investigación que han dejado abierto el camino para futuros trabajos historiográficos. María Teresa Uribe ha planteado el proceso histórico de la configuración de la ciudadanía en Colombia, a partir de los conceptos de soberanía, representación y elección. “En pocas ocasiones, sin embargo, las preguntas por la democracia colombiana se han orientado hacia sus particularidades y especificidades, hacia la identificación de cómo se constituyeron entre nosotros esas desafiantes y novedosas figuras e imágenes del republicanismo moderno del ciudadano y de la nación; Como se colectivizaron y se difundieron en poblaciones tan heterogéneas y desiguales las ideas de soberanía, representación y elección”⁴⁵.

María Emma Wills sugiere estudiar la historia de la democracia en Colombia a partir del proceso de transición de la misma, propuesto en la convención de Cúcuta de 1828, pues tanto en “Europa y Estados Unidos, como en Colombia, las transiciones democráticas fueron producto de múltiples tensiones entre los mitos que entregaron las respectivas revoluciones y un que – hacer político post – revolucionario más aferrado al statu quo”⁴⁶. Su propuesta no se enfoca hacia el análisis de los discursos y las prácticas, su interés se centra “en la relación entre el discurso legal, y en particular sus concepciones de igualdad y de “pueblo”, y el entorno social heredado de la colonia en un momento clave para la invención de la nación colombiana – la asamblea constituyente en la villa del Rosario de Cúcuta en 1821 – cuando las guerras de independencia estaban por concluirse. El objetivo no es develar los intereses ocultos que los constituyentes del siglo XIX esconden tras un lenguaje de igualdad universal sino de mostrar cómo el lenguaje de la igualdad y las invocaciones al pueblo presentes en las discusiones constitucionales de 1821 están impregnadas por las concepciones jerárquicas heredadas de la época colonial”⁴⁷.

44 POSADA CARBÓ Eduardo, Civilizar las urnas: conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830 – 1930. Boletín cultural y bibliográfico, Numero 39, Volumen XXXII, 1936

45 URIBE DE HINCAPIÉ María Teresa, Proceso histórico de la Configuración de la Ciudadanía en Colombia. En: Revista de estudios políticos, No. 9, Medellín, Julio – Diciembre 1996, p. 67

46 WILLS María Emma, La Convención de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta: Imaginando un Soberano para un nuevo País. En: Revista historia crítica, No. 17, versión publicada en la página web de la revista, p. 1

47 Ibid. p. 3



Por otra parte, en los últimos años han aparecido trabajos monográficos que han alimentado el estudio histórico de la democracia. Por ejemplo el Instituto de Estudios políticos de la Universidad de Antioquia, en su línea de investigación ciudadanía, cultura y practicas políticas, ha realizado algunos trabajos sobre representación. De allí vale la pena destacar el trabajo de Sandra Patricia Arenas en su texto *Representación y Sociabilidades políticas*. Medellín, 1856 – 1885, donde presenta las formas de sociabilidad política construidas durante las elecciones como “formas organizativas configuradas sobre la base de estructuras de poder de tipo antiguo pero que lograron introducir elementos modernos, pues propiciaron la configuración de un espacio publico, favoreciendo el debate sobre asuntos de interés general, la formación de opinión publica y la ampliación de la ciudadanía política real, al permitir la participación de diversos sectores de la sociedad en los procesos electorales”⁴⁸.

No obstante, dada la existencia de los trabajos señalados aun quedan otras preguntas e inquietudes por resolver. Sin duda, existe un acercamiento paulatino por estudiar históricamente a la democracia, pero aún existen deudas que saldar para comprender un fenómeno histórico político clave en la conformación del Estado - Nación.

Derechas e Izquierdas como propuesta de Investigación.

La historia de la derecha y la izquierda en Colombia como ideologías políticas es un campo poco explorado, dada la complejidad conceptual en que se enmarca tales ideologías, y la manera como se ha estudiado el debate del desarrollo de las mismas, que han sido asumidas desde el bipartidismo de liberales y conservadores, más no como corrientes políticas que alternaban con los partidos tradicionales como terceras fuerzas políticas en el entramado político nacional.

Cuando Eric Hobsbawm planteó la necesidad de trabajar sobre la historia de los partidos comunistas de Occidente en su texto conocido como *Revolucionarios*, llamó la atención sobre la necesidad de estudiar cada una de las experiencias comunistas, teniendo en cuenta dos criterios: el surgimiento de la izquierda nacional y su relación con la Revolución de Octubre, señalando que cada partido fue producto del matrimonio de estas dos situaciones⁴⁹. Más adelante, sugirió algunos componentes a tener en cuenta para el estudio de los partidos

comunistas: los elementos nacionales, las decisiones políticas, la tradición local, la imitación de ejemplos extranjeros, la implementación de la ideología, y la distinción de la experiencia nacional con los lineamientos de Moscú.

De otra parte, Stanley Payne, dedicado al estudio de los fascismos en Europa, estableció una caracterización de orden político, para determinar los criterios de distinción de los movimientos fascistas, ofreciendo algunos elementos de análisis para comprender los partidos y las tendencias que se identifican con la derecha. Sugirió, entre otros aspectos, el auge de la doctrina corporativista, las nuevas formas de catolicismo político, el autoritarismo, el antiliberalismo, el darwinismo social, el militarismo y el nacionalismo como aspectos centrales de dicha ideología⁵⁰.

En este mismo sentido y para el caso nacional, como lo señala Gonzalo Sánchez, la década del veinte ha generado una serie de problemas políticos que no han permitido abordar un orden de problemas que aún requieren de investigación. Desde el punto de vista de la cronología histórica tradicional, las décadas que aquí se toman (1920 –y 1930), están determinadas por dos acontecimientos centrales: “el quiebre de la Hegemonía conservadora en 1930, en plena gran depresión mundial, y el ascenso al poder del partido liberal. Es decir, los años veinte eran solamente *un momento en las ya centenarias sucesiones bipartidistas*”⁵¹.

La historia de la izquierda en Colombia se ha asociado con la fundación del Partido Comunista: “la historia del movimiento obrero, del socialismo, de la izquierda, en una palabra la modernidad política colombiana comenzaba en 1930 con el acta de fundación de ese nuevo agente político: el Partido Comunista”⁵². Por ejemplo, es importante destacar el trabajo realizado por el profesor Medófilo Medina, quien para la celebración de los 50 años del partido, publicó hacia 1980 el primer trabajo sistemático sobre la historia del mismo, texto que ilustraba de manera cronológica las diversas acciones de este partido, de la mano con sus intereses y motivaciones: “De manera sistemática se ha afrontado el análisis del papel jugado por el PCC, a lo largo de la historia contemporánea del país, no a la luz de una tabla ideal de verdad y error sino en relación con las realidades concretas de los diversos periodos históricos. Desde tal perspectiva,

48 ARENAS Sandra Patricia, *Representación y Sociabilidades Políticas*. Medellín, 1856 – 1885, En: Revista de estudios políticos, No. 22, Medellín, Enero – Junio 2003, p. 197

49 HOBSBAWM Eric, *Revolucionarios*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, p. 13

50 PAYNE Stanley, *El Fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 46-47.

51 SÁNCHEZ, Gonzalo, *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá, El Ancora Editores. 1991, p. 220.

52 *Ibidem*.



en el acervo de la experiencia histórica del partido, entran tanto los aciertos como los desaciertos”⁵³.

Así, el esfuerzo producido por parte de la historiografía sobre la izquierda ha privilegiado tres escenarios diferentes pero complementarios: el estudio del Partido Comunista, las expresiones organizativas socialistas de la década del veinte y el estudio del surgimiento del sindicalismo y el movimiento obrero.

Se está en deuda, en el sentido de realizar un trabajo que aborde la izquierda como tendencia conductora de las diversas expresiones socialistas y comunistas, en relación con su contradictor la derecha, con el fin de examinar qué se entendía y cómo se representaba la izquierda a sí misma y como la definían sus adversarios políticos a partir de las expresiones organizativas y partidistas para comprender si se puede hablar de una, dos o tres izquierdas.

Ahora bien, para pasar la página, es necesario ubicar las preocupaciones investigativas sobre la historia de la derecha. Aunque ha sido escasa frente a la realizada sobre la izquierda, se ha orientado en tres direcciones que se complementan entre sí: los fundamentos doctrinarios del conservatismo, el estudio de algunas agrupaciones de derecha como Los Leopardos y la incorporación de la derecha como objeto de estudio.

Así como parte de la historiografía de la izquierda ha sido marcada por la militancia, el estudio del conservatismo ha sido examinado, en parte también, desde una historia institucional y partidista. Laureano Gómez ha sido uno de los exponentes que más interés ha despertado en la historiografía política colombiana a propósito de la incidencia de líderes que al interior del Partido Conservador trascendían el ámbito local con sus decisiones, orientaciones, posiciones y formas de hacer política. Se encuentra gran variedad de posturas, reflexiones y enfoques interpretativos que han optado por defender sus ideas políticas, atacarlo en función de determinados intereses de partido o el interés por el estudio sistemático de su ideario político sin prejuicios partidistas.

Por ejemplo, el historiador Javier Ocampo López en su texto *Que es el conservatismo colombiano* destaca de manera sucinta los rasgos característicos del pensamiento conservador con relación a la mentalidad tradicionalista que “ha insistido en el papel de la tradición, la experiencia histórica, el orden, la

⁵³ MEDINA, Medófilo, *Historia del partido comunista en Colombia*, Bogotá, CEIS, 1980, p. 9

religión, la moral, la estabilidad, la seguridad y otros elementos que han dado cohesión a la sociedad y dinamismo evolutivo para su progreso y desarrollo”⁵⁴. El trabajo de Ocampo López hace alusión al ideario conservador del siglo XIX hasta los años setenta del siglo XX. Se puede subrayar el análisis realizado sobre el tradicionalismo, catolicismo e hispanismo y su influencia sobre la doctrina conservadora. Aspectos relevantes para conocer el imaginario partidista conservador⁵⁵.

Conclusión

Con relación al objeto de estudio de la historia política, se necesita dimensionar su alcance, naturaleza y limitaciones en función de una periodización que de cuenta de problemas concernientes con los imaginarios políticos, las identidades colectivas, las representaciones y prácticas culturales de las formas de hacer política por corrientes, tendencias y movimientos, a fin de superar los trabajos realizados por la historia institucional y partidista.

Los enfoques interpretativos deben establecerse con un marco de referencia amplio y suficiente, profundizando en conceptos y categorías provenientes de la ciencia política, recursos de la antropología simbólica, la filosofía política y la sociología, a fin de cruzar e intercambiar diversos caminos teóricos, que enriquezcan el trabajo historiográfico, y contribuyan a ampliar la mirada investigativa en ocasiones reducida y sesgada por el confinamiento conceptual y metodológico de la misma disciplina.

La propuesta de este ensayo, esta en función de los problemas a investigar en el campo político, puntualizando como propuesta investigativa el estudio de las derechas y las izquierdas para el caso colombiano en el siglo XX, como, parte esencial de la dinámica histórica de la Nación y las Regiones. La definición de los conceptos de derecha e izquierda, tiene como telón de fondo el contraste de dos ideologías que se contraponen entre sí, las cuales han permeado movimientos y corrientes políticas que han reclamado como suyo un carácter excluyente unas de otras y han definido escenarios y acciones políticas que han sido visibles a lo largo de la historia política más reciente de las sociedades. Preguntarse sobre sus

⁵⁴ OCAMPO LÓPEZ, Javier, *Qué es el conservatismo colombiano*, Bogotá, Plaza & Janes Editores, 1990, p.9.

⁵⁵ Los Leopardos, grupo político de orientación nacionalista, ha llamado la atención como parte del objeto de estudio de las expresiones de derecha que emergieron en la década del veinte en Colombia. Existen algunas monografías que contribuyen a su interpretación y al uso de cierta documentación acerca del estudio de esta agrupación.



imaginarios y formas de hacer política es la inquietud que sólo la investigación logrará develar.

Finalmente, si bien esta temática genera una gran variedad de disertaciones teóricas y metodológicas, la pregunta inicial sobre nuevos enfoques y nuevos problemas está en camino de resolverse, sólo resta por decir que la reflexión está formulada, y por tanto, el reto para los historiadores que se interesen por este campo de investigación, es el de enriquecerlo y construirlo al calor de nuevos trabajos que respondan por las aspiraciones aquí enunciadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO CARMONA, Darío, Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial (1920 – 1950), Medellín, La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2009.
- AYALA DIAGO, César Augusto, El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta, Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño–Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, 2007.
- ARIAS, Ricardo, Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920, Bogotá, Ediciones UniAndes, 2007.
- BACZKO, Bronislaw, Los imaginarios sociales, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1991.
- BOBBIO, Norberto, Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política, Madrid, Taurus, 1995.
- BURKE, Peter, Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico, Barcelona, Crítica, 2001.
- CHARTIER, Roger, El mundo como representación, Barcelona, Gedisa, 1995.
- FLOREZ LOPEZ, Carlos A, Leopardos y derecha en Colombia, 1919 – 1936. Anotaciones a partir de la caricatura política, en CEBALLOS GOMEZ Diana Luz (Comp.), Políticas, territorios y representaciones en Colombia 1849 – 1960, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2009.
- FURET, François y NOLTE, Ernst. Fascismo y Comunismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- LABOURDETTE Sergio Daniel, Mito y política, Buenos Aires, Troquel, 1987.
- RICOEUR, Paul, La Memoria, la historia, el olvido, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- RODRÍGUEZ Octavio, Derechas y ultraderechas en el mundo, México, Siglo XXI Editores, 2001.
- ROMERO José Luis, El pensamiento político de la derecha latinoamericana, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1970.
- ROSANVALLON Pierre, Por una historia conceptual de lo político, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.